la una para ir á su casa, ni entraremos por la ventana, como habíamos convenido, sino que llamaremos á su puerta á las ocho....; y por razones excelentes, que él mismo sabrá apreciar, le rogaremos que cambie la hora del robo, y que nos dé inmediatamente los dos millones.... De esta manera sus cálculos quedarán fallidos si por casualidad hubiera tomado medidas contra nosotros.... Así, pues, no os alarméis inútilmente, y mirad las cosas tales cuales son. Beuvret no tiene más que un solo pensamiento en el mundo: sacrificarlo todo para que su hija ignore siempre su pasado. ¿Cómo admitir que se arriesgue á hacer traición á aquellos que con una sola palabra podrían perderle?

Cuando llegaron al boulevard, Montbarán dijo todavía:

—¿Y partiremos realmente, como hemos prometido?

—Yo sí; y os aconsejo que hagáis lo mismo...., si tenéis en algo la vida.

—La tengo en mucho.

—Entonces no vaciléis.... Así como Beuvret no me inspira ningún temor, así también os digo que lo temo todo de Armando Le Forestier y de Roberto du Chatel, que han sabido descubrirnos, arruinarnos, y que nos matarán, creedlo, si persistimos en querernos atravesar en su camino.

XLVI.

Al día siguiente de la visita de Montbarán y el Marqués, el señor de Beuvret dejó su casa de Auteuil, tomó el tren, y cuando llegó á París, se dirigió al boulevard Haussmann, á casa de Armando Le Forestier. Los criados le esperaban, y le introdujeron en el despacho del primer piso, donde pronto recibió una caterva de conserjes, administradores y porteros, que había tenido buen cuidado de convocar. Procedía como Armando Le Forestier, que no había querido imitar á su madre, que iba á cobrar ella misma sus alquileres, haciendo cada trimestre, según la expresión de testigos, su recolección en París.

Esta recolección á domicilio, mucho más corta que la otra, ocupó toda la mañana al señor de Beuvret, y hasta el mediodía no pudo ir á almorzar á casa de los du Chatel, donde estaba invitado. Después del almuerzo, al que asistieron también los recién casados, en plena luna de miel y respirando felicidad, el señor de Beuvret volvió á ser el hombre de negocios. Tenía ahora que ir á diferentes casas de banca y á ver

á varios agentes de cambio, para cobrar los intereses y dividendos de una porción de títulos, así como una gruesa suma procedente de una venta al contado. Tres horas empleó en esta tarea, y hacia las cinco de la tarde, el suegro de Armando Le Forestier tomaba el tren para volver á Auteuil. ¡Qué buen golpe hubiera podido dar un ladrón ó un hábil asesino! Pero ¿quién hubiera podido sospechar que aquel hombre, de aspecto modesto, casi pobre, fuera portador de suma tan considerable? Al verle llevar descuidadamente debajo del brazo una de esas grandes carteras de cuero negro, alrededor de la cual se arrollaba una correa terminada por una hebilla, nadie hubiera dicho más que estaba llena de cuadernos ó manuscritos. ¿Quién hubiera sospechado que aquella cartera vieja, usada y raída contenía dos millones en billetes de Banco?

Así es cómo el señor de Beuvret pudo pasar sin riesgos el trayecto de París á Auteuil y el de la estación á su casa. Hizo una frugal cena, y en seguida despidió á la asistenta que había reemplazado á la antigua criada, la cual se había marchado al servicio de Clara.

Ya solo en su casita, encerrado en su despacho, abrió la cartera, y estuvo haciendo sus cuentas con el mayor cuidado, como las había hecho la señora Le Forestier en la noche del robo y el

asesinato. Cuando acabó de contar, reunió en paquetitos de diez mil francos los billetes que estaban desparramados, contó doscientos paquetes, los repartió en dos lotes, y los colocó bien á la vista sobre la mesa de despacho.

Transcurrió una hora, durante la cual el señor de Beuvret estuvo reflexionando, sin que su rostro ni su actitud denunciaran la más pequeña emoción. Sin embargo, algunas veces su mirada se enternecía cuando se fijaba en dos retratos colocados el uno al lado del otro. Eran los de su mujer y su hija, y los dos estaban hechos á la edad de veinte años; es decir, veinte años antes el de la primera; así es que parecían dos hermanas gemelas.

Un ruído de pasos sobre la arena del jardín vino á turbar el silencio que reinaba alrededor de la casa.

—Lo había adivinado,—murmuró el señor de Beuvret.

Y siguiendo siempre sentado, se contentó con llevar la mano al bolsillo del lado de su levita, sin duda para asegurarse de que continuaba allí algún objeto colocado por él.

El timbre de la puerta de entrada se dejó oir.

Entonces se levantó, tomó una palmatoria, y atravesando el vestíbulo de la casa y desdeñando toda precaución, abrió la puerta.

Montbarán y el marqués de Arnage aparecie-

ron con trajes de viaje, cubiertos de largos pardessus.

Sin hablar, con un gesto, el señor de Beuvret los dirigió al despacho, iluminado por una lámpara, que hacía tiempo estaba ardiendo allí. Después entró detrás de ellos, y cerrando la puerta con cuidado, apagó la palmatoria, y les dijo con voz tranquila:

—No os esperaba tan pronto.

—En efecto (respondió el Marqués); pero hemos reflexionado que si esperábamos hasta la una, no podríamos tomar ya un tren de la noche; y era más sencillo, y al mismo tiempo más prudente, adelantar la hora de la cita.... Creo que también será ese vuestro parecer.... Conque tened la bondad de darnos lo que nos habéis prometido.

—No,—dijo el señor de Beuvret, sin levantar la voz.

—¡Eh!.... ¿Qué decís? ¿Por qué?....—preguntaron los dos á un tiempo.

Beuvret respondió, siempre en el mismo tono y con la misma tranquilidad:

—Habéis reflexionado, según acabáis de decirme, y no habéis querido hacer lo que habíamos convenido. Pues bien: yo también tengo derecho á reflexionar por mi parte y á cambiar de parecer.

—¡Ya pareció aquello! (dijo Montbarán.) ¡Bien

decía yo que nunca habéis tenido la intención de darnos esos dos millones!

—Tal vez no los habrá podido cobrar,—dijo el Marqués con los dientes apretados, y pudiendo apenas contener su cólera.

—Los he cobrado; y era tanta verdad que pensaba dároslos, que están ahí, sobre esa mesa, preparados para cuando vinierais.... Mirad ahí, debajo de esos libros; á la derecha el millón de Montbarán, y á la izquierda el vuestro.

El Marqués levantó uno de los libros, y miró. Después, atraído, fascinado, puso las manos sobre los paquetes, los palpó, los calculó, y dijo por fin:

—Puesto que eran para mí, los tomo.

—Y yo los míos,—dijo Montbarán, imitándole.

Y en seguida, de común acuerdo, se pusieron á colocarlos en sus bolsillos, sin perder de vista al señor de Beuvret, que, impasible y separado de ellos sólo por el ancho de la mesa, no protestaba ni con el gesto ni con la voz.

Pero cuando todos los billetes hubieron desaparecido, llevó la mano á su pecho, y sacando del bolsillo de la levita una pistola, dijo fríamente:

—No os he dado ese dinero, sino que os le he negado.... Acabáis de robar á Armando Le Forestier, á quien represento.... Debería mataros; pero, sin embargo, os permito que os defendáis.... Estoy seguro de que lleváis armas....;

servíos de ellas.... Me parece que la partida no es mala para vosotros, porque sois dos contra mí.

Aún no había acabado de hablar, cuando el Marqués, esperando sorprenderle, sacó un revólver de su bolsillo, é hizo fuego.

La bala rozó el brazo del señor de Beuvret, sin alcanzarle.

—Á mi vez,—dijo éste.

Y el Marqués, que iba á tirar por segunda vez, cayó desplomado.

Montbarán, muerto de miedo, se había refugiado en un rincón del despacho. Maquinalmente encogía las piernas y bajaba la cabeza para hacerse más pequeño, y la mano en que tenía el revólver caía pendiente á lo largo de su cuerpo.

—Vamos (dijo el señor de Beuvret, armándose de otra pistola); defendeos.

Á pesar de su terror, el miserable comprendió al fin que la generosidad del señor de Beuvret, que transformaba en un duelo lo que debía haber sido una ejecución, los ponía en condiciones iguales.... Entonces su mano se enderezó lentamente, y quiso tirar; pero á escondidas, bruscamente, y sin que su adversario le viese....

Pero un hecho bien vulgar le detuvo.

La lámpara colocada sobre la mesa, que estaba encendida desde hacía muchas horas sin que nadie la tocara, chisporroteó, y lanzando una llamarada más viva, se apagó.

Reinó completa obscuridad en aquella habitación cerrada por todas partes, en aquel sepulcro donde un primer cadáver esperaba á otros.

Cinco minutos transcurrieron....; un siglo.... Después, en medio del silencio que nadie había turbado aún, el señor de Beuvret creyó oir como el rozamiento de un cuerpo sobre la alfombra.

Era sin duda su adversario que avanzaba, que le buscaba para sorprenderle, hacerle caer y ahogarle, como en otro tiempo había hecho con su víctima la señora Le Forestier.

Pero ¿por qué la mirada de Montbarán no brillaba en aquella obscuridad? ¿Por qué sus ojos no iluminaban aquellas tinieblas?

El señor de Beuvret los buscaba por todas partes, á la derecha, á la izquierda....; nada.... Pero había olvidado mirar á sus pies. ¡Sí; Montbarán no andaba, sino que se arrastraba como una serpiente! Se arrastraba por el suelo, ayudándose de sus brazos y de sus rodillas para avanzar, y levantaba la cabeza como para ver á su adversario, á quien, como es natural, no veía, pero debía adivinar, porque se dirigía hacia él.

Pero éste, desde que había mirado al suelo, le apercibió, y en seguida, con la mayor sangre fría, bajó la pistola, y apuntó al espacio que quedaba entre aquellas dos luces...., ¡aquellos dos faros que brillaban delante de él!

La bala salió, y los ojos se apagaron.

Entonces el señor de Beuvret buscó á tientas la palmatoria que antes había dejado sobre la chimenea, consiguió encenderla, y cogiéndola con mano segura, se puso á examinar los cuerpos del Marqués y de Montbarán.

¡Estaban bien muertos! El primero había sido herido en el corazón, y el segundo en la frente, entre las dos cejas.

Después, el señor de Beuvret abrió la ventana y disparó algunos tiros al aire, llamó, gritó, y cuando acudieron los vecinos, les rogó que fuesen á avisar al Comisario de policía, ante quien hizo al momento su declaración.

XLVII.

Roberto du Chatel, á quien el señor de Beuvret había rogado que fuera inmediatamente á su casa, llegó á Auteuil al día siguiente por la mañana.

—¿Qué pasa? (preguntó.) Vuestros vecinos, á quienes generalmente no se ve, están todos conversando en sus puertas, y guardias de la paz pasean por vuestro jardín.

—Venid al momento, y si os emocionáis con facilidad, preparaos para ver un espectáculo conmovedor.

Y al mismo tiempo le hacía entrar en su despacho, que estaba igual que la noche anterior, y le enseñó los cadáveres colocados uno al lado del otro.

—¡El Marqués! ¡Montbarán!—exclamó Roberto.

—¿Los conocéis? (dijo el señor de Beuvret): yo no los conozco.... Yo no veo en ellos más que á dos ladrones, que la noche última se han introducido en mi casa, y á los cuales he sorprendido en el momento de efectuar el robo, y á quienes he matado.... He hecho en este sentido mi declaración ante el Comisario de policía, y la haré en igual sentido al Juez de instrucción y al sustituto, á los cuales espero....; pero á vos, ya que estamos solos ahora, os diré que tenía mis motivos para no llamar á Armando el día que adquirimos la certeza de que el Marqués y Montbarán eran los asesinos de su madre.... Quería reemplazarle, sustituirle, hacerme el ejecutor de sus venganzas.... Y he llegado á ello, haciendo saber públicamente que administraba la fortuna de mi yerno y que percibía todas sus rentas. El Marqués y Montbarán sin dinero, sin recursos, gracias á vos, se dijeron: «Puesto que con tanta fortuna robamos á la madre, ¿por qué no hemos de robar también al hijo? Todos los Le Forestier nos pertenecen....» Y entonces lo que hicieron hace veinte años, quisieron repe-

tirlo ayer.... ¡Era un día magnífico! ¡Podrían repartirse dos millones! No pudieron resistir la tentación.... Por la noche se introdujeron en mi casa; sabían que estaba sólo, y pensaban hacer de mí lo que quisieran; pero se equivocaron; ¡soy yo quien los ha matado!

—Ha debido ser terrible la lucha,—dijo Roberto, mirando á su alrededor.

—Sí,—respondió Beuvret con sencillez.

—¡Y no quisisteis prevenirme! ¡No quisisteis que compartiéramos los peligros!

—No podía. Vuestra presencia aquí la noche pasada hubiera extrañado á la justicia. Se preguntaría hoy si esos dos ladrones á quienes habíamos matado, no eran más que nuestros adversarios, nuestros enemigos. Nos hubiéramos visto obligados al fin á hablar del pasado crimen.... ¿Por qué volver á recordar ese drama, que haría que mi yerno y mi hija se vieran necesariamente mezclados en este otro? He procurado, por el contrario, arreglarlo todo para que en este asunto no se hable más que de mí, y para que se olvide pronto.... Cuando Armando vuelva, le diremos: «Hemos encontrado á los que buscabais, y os juramos por nuestro honor que teníamos tantas pruebas, que la duda era imposible.... Los hemos matado. Hay un tercer cómplice; pero jurasteis perdonarle si se castigaba á los otros; así, pues, todo ha terminado. Olvidad esa lúgubre historia, y sed por completo para vuestra mujer y vuestros amigos».

.....

.....

Cuando aquella tarde se supo en París que el marqués de Arnage y Montbarán, tan conocidos en los círculos, en las reuniones de carácter dudoso, no eran más que dos ladrones, se sorprendió todo el mundo; pero cuando se dijo que se trataba de un robo de dos millones en billetes de Banco, que fueron encontrados en sus bolsillos, la sorpresa fué menor, y entonces salieron á relucir otras mil infamias que habían cometido. Aquellos á quienes tanto tiempo habían explotado, no pudiendo temerles ya, les atribuían un porción de crímenes.... ¡No pudiéndose vengar de los vivos, se vengaban de los muertos! La justicia recogió todos estos datos, probó que la reputación del Marqués y Montbarán era malísima, y ni siquiera se le ocurrió indagar más de lo que á primera vista parecía. Protegido por los artículos 321, 322 y 329 del Código penal, el señor de Beuvret fué absuelto.

Hoy Armando Le Forestier, á quien en París todo el mundo conoce por otro nombre que no nos está permitido divulgar, no tiene más que un sólo pensamiento: gastar, distribuir de la manera más útil su inmensa fortuna. Le ayuda en esta tarea su mujer, que descubre todos los

días nuevas miserias y nuevas lágrimas que enjugar. El señor de Beuvret les ilustra y guía con sus consejos, les indica algunas buenas obras que pueden hacer; pero desde lejos, por escrito, porque se ha negado resueltamente á vivir con ellos, á aprovecharse de ninguna de las comodidades que el matrimonio de su hija podría reportarle.

Habita aún en su casita de Auteuil, y vive de su trabajo.

Los ojos del doctor du Chatel no se curarán jamás por completo; pero su enfermedad no se ha agravado, sino que, por el contrario, ve algo mejor. Sin cesar murmura contra la compañía de seguros la Urbana, que, según dice, no tenía derecho á darle, por un motivo imaginario, un talón contra el Banco, que guardará toda su vida.

En cuanto á Rachel, está sinceramente unida á Roberto du Chatel, su profesor en honradez; pero es de creer que el profesor, por su parte, no lleve en todo á su discípula hasta el punto que su cargo le obliga.

FIN.